

Jorge Kantor*

El consuelo del yo

En cada número de *Calibán*, **Vórtice** reflexiona sobre cuestiones de alta vorticidad (flujo turbulento en espiral) en la práctica clínica, identificando turbulencias de la clínica que merecen ser enfocadas por los psicoanalistas.

En **Vórtice** tratamos asuntos que solemos ignorar o dar por sentado; desatendidos escenarios que, no obstante, pesan grandemente en nuestra cotidiana labor en el consultorio.

En esta ocasión, nos preguntamos acerca de la importancia del sentido del humor en los tratamientos psicoanalíticos. La pregunta que nos hacemos es si, durante las sesiones, los psicoanalistas observamos la ocurrencia de este “don precioso y raro” (Freud, 1927/1988, p. 162) del humor en las asociaciones libres de las personas en análisis.

Asimismo, nos preguntamos si los psicoanalistas suelen valerse del sentido del humor como parte del repertorio de su práctica. ¿Diríamos todos que el sentido del humor es una herramienta, un instrumento, un artefacto clínico?

En su excelente artículo “Humor y psicoanálisis: Un asunto serio”, Diana Szabó (s. f.) cita a Mark Twain: “El problema con el humor es que nadie lo toma en serio” (párr. 1). No tengo duda ninguna de que a los psicoanalistas nos haría bien tomarnos mucho más en serio el peso del humor en la práctica clínica.

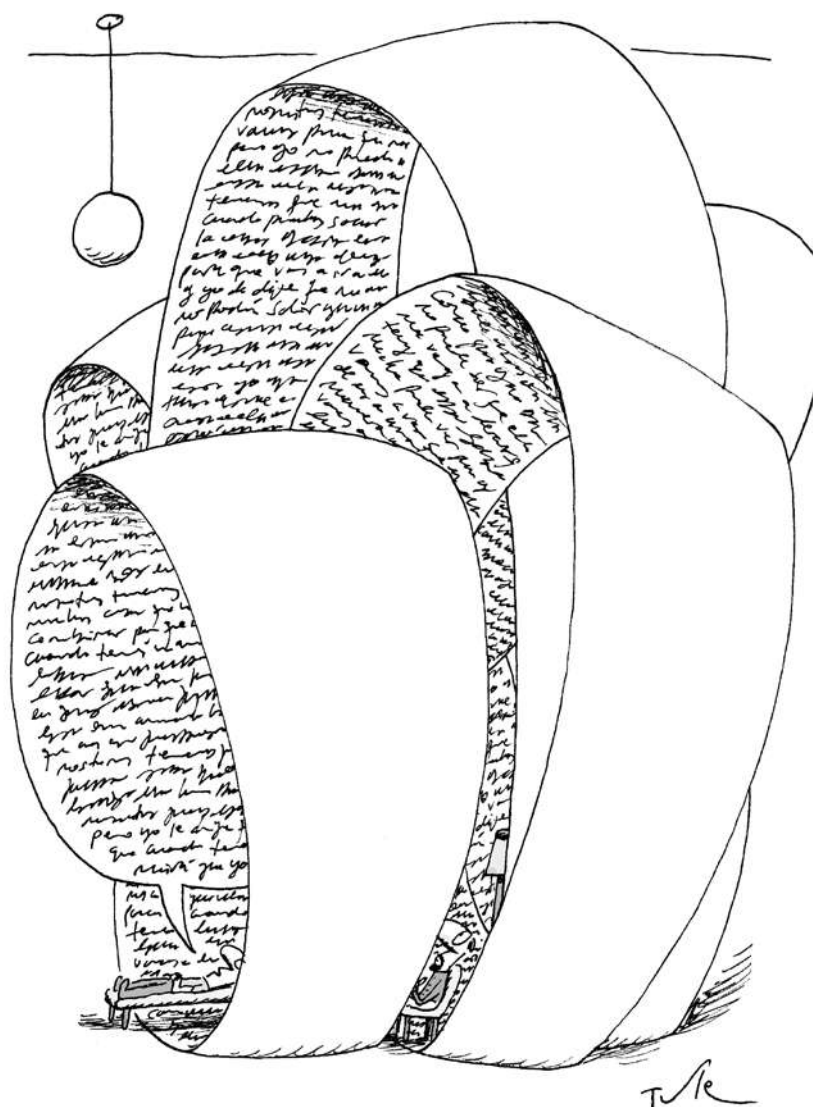
De hecho, Freud consideraba al humor como la más elevada operación defensiva frente al sufrimiento. Un sentimiento grandioso y rebelde. El humor es grandioso porque, por un instante, ocurre el triunfo fugaz del narcisismo volcado en un Yo victorioso frente a las afrentas de la realidad, gracias a que el superyó trata de una “manera tan cariñosa y consoladora al yo amedrentado” (Freud, 1927/1988, p. 162), concediéndole al aparato psíquico un sentimiento “particularmente emancipador y enaltecedor” (p. 161).

El superyó es capaz de ofrecerle al Yo una pequeña alegría al consentir el aspecto cómico de una situación que, vista sin humor, sería solo vano sufrimiento. Sin embargo, gracias al giro que esta dimensión aporta, lo sentimos como particularmente liberador y exaltante.

Freud también nos dice que “si es de hecho el superyó quien en el humor habla de manera tan cariñosa y consoladora al yo amedrentado, ello nos advierte que todavía tenemos que aprender muchísimo acerca de la esencia del superyó” (p. 162).

Consecuentemente, a nueve colegas latinoamericanos les hemos planteado la cuestión, y ellos han aceptado el reto.

Fernando Orduz parte en “Di-versas diversiones sobre el humor y la risa” de la cualidad subversiva que representa el humor, mostrán-



donos la manera en la que la risa y lo cómico han sido excluidos de la filosofía clásica y de la religión que nos tutela. Para Orduz, el humor al interior del tratamiento analítico podría ser indicio de un cambio de sentido, de una transformación del contenido inconsciente.

Agustina Fernández desarrolla en “Humor en análisis” la idea de que el humor es un recurso creativo y, en ocasiones, defensivo. No es ac-

cesible a todas las personas, pero un buen análisis podría arribar al empleo del humor para enfrentar las penurias de la vida. Fernández ilustra la irrupción del humor en las asociaciones de una ingeniera y de un dermatólogo, dos personas en análisis, mostrando un cambio de posición subjetiva frente al padecimiento, una suerte de reubicación respecto a lo que creen que saben y lo que creen que creen.

* Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

Fernando Orduz*

Di-versas diversiones sobre el humor y la risa

Perdonen que no me levante.
Epitafio sugerido por Groucho Marx

Algo hay en el humor, en el chiste, en la risa, que ronda por la idea de la subversión. Subvertir tiene la connotación de reevaluar las normas que dan razón de ser a un orden institucional. Ello puede entenderse bajo la idea de romper esquemas, criticar el *status quo* del establecimiento, replantear paradigmas. Pero también podría pensarse otra forma de enunciación: *sub-versión* (haciendo énfasis en la separación del prefijo *sub* y de la raíz *versión*), lo cual da un matiz diferente, connotando una significación de menor grado: una versión *sub* se refiere, por ejemplo, a un subcampeón, a un subdesarrollo, en las que el prefijo *sub* denota un menor valor.

En la Grecia clásica, Platón no fue muy amante de la risa. Aunque reconoce en la risa un placer, al mismo tiempo afirma que la risa es obscena, transgresora de la armonía, de la integridad y de la conciencia social. Por ello, atañe solo a los locos, bufones, viles y esclavos.

Aristóteles, por el contrario, pareciera hacer un reconocimiento de ella en el segundo tomo de la *Poética*, libro del cual la historia nos quedó debiendo su existencia y que sirve de acontecimiento para la novela *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco (1980/1984), cuya trama radica

en que Jorge de Burgos, un monje ciego del siglo XIV, esconde el tomo segundo de la *Poética*, en el cual el Estagirita hace un reconocimiento a la comedia como fuente de conocimiento. Esta obra es considerada peligrosa por Jorge de Burgos precisamente porque pondría la risa como un elemento de igual valor para la vida que la dimensión trágica, validada en el primer tomo de la *Poética*.

Lo trágico ha tomado en nuestra milenaria historia occidental una especie de dimensión sublime de la experiencia humana, en detrimento de la comedia, que pareciera tener una connotación más mundana o de menor valía.

Por el otro lado del origen de nuestra historia, la cultura judeo-cristiana tiene una narrativa trágica, y los relatos del Antiguo Testamento dan cuenta del drama de su existencia: desde el vil asesinato fratricida hasta la idolatría del sufrimiento de un hombre en la cruz. La Iglesia condenó la risa desde el siglo IV, la prohibió en el templo y planteó que Cristo nunca había reído.

En la novela de Eco (1980/1984), el monje ciego califica demoníacamente la risa:

La risa es la debilidad, la corrupción, la insipidez de nuestra carne, algo inferior [...]. Pero aquí (indicando el libro prohibido) aquí se invierte la función de la risa, se la eleva a arte, se le abre las puertas al mundo de los doctos [...] este libro

Teresita Ana Milán plantea en “El sentido común del buen humor” el humor en el análisis como indicador de acontecimiento significativo. Para ello, Milán presenta varias viñetas clínicas y encuentra que al buscar ejemplos de situaciones clínicas en las que ha utilizado el humor, se le aparecían en primer lugar situaciones con contenidos sexuales, lo que la lleva a preguntarse: ¿será que la sexualidad aún sigue siendo algo espinoso de tratar “en serio”?

Eva Tucherman recoge en “*Setting* bien humorado” la perspectiva freudiana del psicoanálisis y el humor cosidos con un hilo inquebrantable. Tucherman ilustra con una viñeta clínica el uso del humor para desarmar las defensas y generar así encuentros bien humorados que equivalen a la transformación obtenida por el *reverie* propuesto por Bion.

Antonio Velásquez Convers parte en “El humor en el análisis y el análisis del humor” de las primeras ideas económicas de Freud respecto al ahorro de energía psíquica del humor. Velásquez destaca la perspectiva comunicativa del humor, una comunicación que, al interior del vínculo analítico y con un buen manejo del *timing*, se convierte en una fuerte herramienta analítica.

María del Carmen Ramos sostiene en “El humor en el diván” que la interpretación humorística permite tolerar mejor los afectos displacenteros, sin negarlos, convirtiendo un momento de tensión y desencuentro en una posibilidad de vínculo e *insight*. Ramos ejemplifica el uso del sentido del humor dirigiéndolo hacia ella misma, produciendo un efecto inmediato en las personas en análisis al posibilitar una transformación de las emociones negativas que estaban envolviendo la relación en ese momento.

Carlos Brück nos dice en “Saber hacer/hacer saber” que el humor es un recurso precioso para identificar y para confinar la angustia que emerge de las profundidades del aparato psíquico. Brück destaca que el humor no tiene ninguna relación con la frivolidad o la falta de

consideración por los afectos de la persona en análisis; muy por el contrario, denota un entendimiento sutil de la necesidad de aligerar, en lugar de solemnizar, las palabras del analizando.

Daniel Rodríguez nos muestra en “El humor y su lugar en la cultura actual” las conexiones del humor en diferentes ámbitos comunitarios. Rodríguez ubica un cambio de perspectiva que modifica en los seres humanos una versión previa de los hechos en la relación del humor con el pensamiento crítico. La resiliencia y el arte son también ámbitos en los que explora la ocurrencia del humor, acompañando o precediendo procesos de cambio.

Andrés Rascovsky describe en “Sobre el humor” los múltiples efectos de la capacidad humana para generar el humor. Rascovsky recomienda a los psicoanalistas (“arqueólogos del trauma, especialistas en el sufrir oculto y continentes de proyecciones potencialmente tóxicas”) aventurarse en las tierras de la alegría y de la visión jocosa, y ejercer así una perspectiva que nos restituya el atrevimiento necesario para enfrentar el diario ejercicio clínico.

Referencias

Freud, S. (1988). El humor. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 153-162). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
Szabó, D. (s. f.). *Humor y psicoanálisis: Un asunto serio*. Disponible en: <https://www.apuruguay.org/sites/default/files/el-humor-szabo.pdf>

* Sociedad Colombiana de Psicoanálisis.